

esa armonía y admirable concordia que se encuentra en los santos Evangelios es y será siempre la hermosa luz de la inteligencia y el dulce encanto del corazón.

Seguidamente salió Jesús para enseñar á la multitud, proponiéndola al efecto diferentes parábolas, según el estilo de predicación que Él había adoptado, á fin de poner las verdades y misterios más altos al alcance de los espíritus más sencillos. El Profeta había ya dicho en su nombre: *«Yo hablaré en parábolas y haré brillar y resplandecer las cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo.»* Y Jesús cumplió estos anuncios por medio de profecías de un nuevo orden, más claras y no ménos profundas, cuya realización, renovada todos los días, será en su Iglesia un perenne foco de luz y de fe.

EL SEMBRADOR, LA CIZAÑA, EL GRANO DE MOSTAZA
Y LA RED ARROJADA AL MAR

Las parábolas explicadas aquel día eran todas concernientes á la salvación y anunciaban el establecimiento de la Iglesia: «Un sembrador ha sembrado, y una parte de la semilla cayó cerca del camino, y los pájaros vinieron y se la comieron; otra parte cayó sobre un terreno pedregoso; ésta nació al momento, pero seguidamente se secó en hierba á la acción del aire y del sol; otra parte cayó entre espinas, y habiendo crecido éstas juntamente con la semilla, ésta fué sofocada sin dar producto algu-

no; y la otra parte, en fin, cayó en buena tierra, y sus granos se multiplicaron, unos en proporción del treinta, otros del sesenta y otros del ciento por uno.»

La semilla significa la palabra de Dios, y la explicación autorizada, dada por el mismo Jesucristo, descubre las diversas disposiciones en que la palabra divina encuentra el corazón de los hombres; y según ella, aquellos que escuchan el Evangelio desde las orillas del camino, sin querer alejarse de las sendas del mundo, no sacan fruto alguno de la palabra evangélica, porque sobre este duro camino pasan todos los errores y tienen su morada todos los vicios; y los pensamientos vanos y las pasiones brutales son las aves voraces que comen la buena semilla al momento que cae. Los lugares pedregosos son los corazones en quienes domina más el temor que el amor, y estando llenos de los intereses de la carne y de la vida, carecen de sustancia vegetal para que la semilla pueda arraigarse; en ellos se ha recibido la palabra divina, en ellos nace y en ellos aparecen algunas ligeras obras de penitencia; pero viene después la tristeza, una tentación ó una persecución, y el débil retoño, como no tiene profunda raíz, al momento sucumbe y perece. Las espinas que crecen son la invasión de las cosas humanas, y en los corazones que por este terreno están representados, no falta fondo ni sustancia productiva; pero la ambición de las riquezas y el engaño de las cosas mundanas sofocan el plan divino que se proponía en ellos la divina palabra, y ésta resulta estéril é infructuosa en

medio de los cuidados y afanes desordenados por las cosas de la tierra.

Ahora bien, dicen los Padres de la Iglesia, ninguno desecha el Verbo divino más que por alguna de estas maneras que están aquí predichas, á saber : desprecio de la palabra, olvido ó debilidad y el apego á los bienes del mundo. En un camino lleno de piedras y de espinas, el orden natural exige que se principie desde luégo, al tiempo de andarle, por poner atención, después por tener valor, y últimamente por despreciar las cosas presentes, y esto es lo que da á entender el Señor cuando dice: *«Lo que cae en buena tierra representa á los que, habiendo escuchado la palabra con un corazón bueno y excelente, la retienen y conservan, y dan frutos por medio de la penitencia.»* En efecto, los que están lejos del camino no retienen la palabra, los que están en las piedras no soportan con paciencia los asaltos de la tentación, y los que están en las espinas no dan fruto alguno. Sin embargo, la semilla es la misma para todos; viene de la mano de Dios, y tiene la misma eficacia para germinar en todos los corazones; y dándola á todos el divino Sembrador, grande es la desgracia que el hombre atrae sobre sí cuando convierte su corazón en tierra estéril, pedregosa y llena de espinas, para que no germine en él la buena semilla del Señor.

La parábola de la cizaña tiene mucha conexión con la de la semilla, si bien encierra una enseñanza más especial. Mientras que los criados duermen viene el hombre enemigo y siembra la

cizaña en el campo en que el padre de familia había sembrado el buen trigo. Las dos plantas crecían sin distinguirse, porque el tallo de ellas es muy parecido; mas, al llegar á la madurez, advirtieron los criados que la cizaña tenía por fruto neguilla horriblemente negra, en vez de tener espiga como el grano, y al momento propusieron á su señor el proyecto de arrancarla, á lo cual el padre de familia se negó, por temor de que arrancasen, juntamente con la cizaña, el buen trigo, y les mandó que dejasen la una y el otro hasta el tiempo en que estuviesen en sazón, prometiéndoles que entonces enviaría él á los segadores con encargo de que arrancasen primeramente la cizaña y de que, poniéndola en haces, la arrojasen al fuego, y el buen trigo, por el contrario, lo guardasen en el granero.

El campo es la figura del mundo, el padre de familia es Dios, el hombre enemigo es el demonio y la cizaña es la semilla del cisma y de la herejía que ese enemigo sembró sobre la tierra, mientras que los pastores de la Iglesia estaban descuidados. No hay que ocuparse de la diferencia entre la semilla sembrada, sino solamente de la cizaña. De la semilla de ésta brota una hierba muy semejante á la caña del grano, y al principio los herejes ocultan con gran cuidado su presencia; pero luégo que ha conseguido libertad de extenderse y logra gran número de prosélitos, entonces, dice San Juan Crisóstomo, el fruto detestable aparece, y la herejía extiende por doquiera su veneno. Sin embargo, no quiere el padre de familia que se arranque, y eso no

quiere decir que él acepte la cizaña, pues de suyo está reservada al fuego, sino por el riesgo que hay de que al arrancarla se arranquen al mismo tiempo las raíces del buen trigo y éste se pierda.

Hay además otra razón, toda divina y llena de misericordia, y es que, en la tierra fecundísima del Evangelio, la misma cizaña puede llegar á convertirse en buen trigo, porque la virtud evangélica es una sutil y delicadísima savia que penetra las plantas y corrige sus deformidades, nutriéndolas y llenándolas de su espíritu y de su caridad; y así como unos hombres necesitan tiempo para prepararse, madurar y dar frutos, así á otros les hace falta tiempo para arrepentirse y enmendarse, conforme el sentir de San Jerónimo; y á nosotros se nos recomienda y encarga el no influir y ser causa de que nuestros hermanos perezcan súbitamente, sino, al contrario, de ayudarles en el negocio de su salud, porque quizá alguno que hoy está fascinado y arrastrado por un dogma perverso, sea mañana el defensor más insigne y esforzado de la verdad. Por eso el padre de familia alega por causa el temor de que sea arrancado el buen trigo, porque, como dice San Agustín, es muy fácil arrancarle cuando se halla á la altura y en el desarrollo de la cizaña, por la grande semejanza antes de la madurez, por lo que el mismo Santo Doctor nos recomienda y exhorta á que nos perfeccionemos á nosotros mismos, ejercitándonos en la paciencia, que es semilla y virtud preciosa, y produce frutos en la proporción de treinta,

sesenta y ciento por uno, y además nos prepara y fortifica para tolerar y soportar los malos, con el laudable fin de que se conviertan y se hagan buenos. Rechazando á los malos ó arrancándoles de entre saludables ejemplos, se arranca también y se quita de junto á ellos el buen grano ó la gracia de Dios, mientras la paciencia en soportarles y sufrirles les hubiera quizá hecho cambiar y convertirse, aún sin ellos pensarlo, y por eso recomendaba el padre de familia que se les dejase crecer hasta que llegase el tiempo de la siega, que quiere decir el día del juicio, que será la ocasión propia para arrancarlos, porque allí ya no tienen un solo momento de tiempo para cambiar de vida, ni tampoco el contraste de sus pecados puede ser útil á los buenos, á fin de estimularles á ejercitarse en la paciencia, porque esta virtud con respecto á ellos ya carece de objeto.

Esa enseñanza en nada es contraria á los consejos y prescripciones que nos recomiendan y obligan á trabajar para que el mal desaparezca de entre nosotros, pues, como lo advierte San Juan Crisóstomo, no está prohibido el oponerse á los herejes, impedir sus reuniones y su propaganda, ni el trabajar para que triunfe de ellos la verdad, y así contenerlos y aún castigarlos. La opinión de San Agustín era de no forzar á ninguno para que aceptase la unidad de la Iglesia y entrase en ella contra su voluntad, sino el de persuadirle á ello por la reflexión y vencerle por la razón, pues temía el Santo Doctor que obrar de un modo contrario era exponerse á que los herejes más decididos no

vinieran á ser más que otros tantos católicos hipócritas; pero, sin embargo de eso, su parecer era de no luchar solamente con palabras, sino destruir el mal con ejemplos y medios contrarios, y á ese fin recordaba las leyes tan terribles con que se manda á los príncipes y á los reyes que sirvan al Señor con temor y temblor; y son muchos los que han dado gracias á Dios porque les había contenido dentro de sus deberes por medio del temor, de la fuerza y de la persecución, y porque, amenazándoles, les había librado de una tiranía mucho más humillante, cual es la esclavitud del error, concluyendo de ahí el gran Obispo de Hipona que los reyes de la tierra están en el deber de servir al Cristo, publicando leyes á favor suyo, porque el honor y culto de Cristo se halla solamente en la unidad. La casa de David no pudo reconquistar ni alcanzar su paz más que perdiendo al rebelde Absalón, aunque David hubiese mandado que se le conservase sano é ileso y no esperase más que su arrepentimiento para perdonarle. David lloró al culpable, pero se consoló con la paz que había sido restituida á su pueblo; y de la misma manera la Iglesia Católica, nuestra tierna madre, cuando adquiere un gran número de hijos por la pérdida de otros que la habían abandonado, encuentra en algún modo dulcificado su dolor en el consolador espectáculo de tantas almas como han sido libradas del pecado y del error para volver á su seno y amor maternal. Verdad es que los herejes nos arguyen y excitan á que aduzcamos un ejemplo de algún convertido á quien

Jesucristo haya inferido violencia y á quien haya forzado para convertirle. Mas por de pronto podemos presentarles el Apóstol San Pablo, á quien el mismo Jesucristo forzó, enseñó y consoló; y por cierto que es cosa muy digna de notarse que, habiendo entrado él en el gremio de la Iglesia por sólo el temor del castigo corporal, trabajó, sin embargo, más por la causa de



Lámina 52.—Los reyes de la tierra deben servir á Jesucristo. Presenta Jesús, al mismo tiempo que bendice con la mano derecha, el Evangelio en su izquierda con una inscripción griega que significa: «Yo soy la luz del mundo.» El emperador Justiniano está prosternado á sus piés. Dos medallones representan la Virgen y San Miguel, Arcángel. Mosaico de Santa Sofía, en Constantinopla, del siglo VI, según las *Artes industriales en la Edad Media*, por M. Julio Labarte.

Dios que aquellos que habían venido á la fe por sola la virtud de la palabra y de la predicación. Además, ¿qué razón hay para que la Iglesia no pudiese forzar á volver á la vida á los que con sus aberraciones han forzado á otros á perderla?

Desgraciado aquel que, por no querer convencerse y por no poder ser forzado, se queda sin convertirse á la fe, pues lle-

gará para él el tiempo de la siega; los segadores, que son los formidables ángeles, entrarán en el campo sembrado, separarán definitivamente el grano de la cizaña, y ésta, puesta en manojos, será arrojada al fuego inextinguible.

El grano de mostaza, que, con ser la más pequeña de las semillas, llega á ser un gran árbol, representa también la Iglesia, Jesucristo mismo y la fe en el corazón de los fieles. ¿Qué parecían á los ojos del mundo los doce Apóstoles, ó Jesucristo bajo la losa del sepulcro? ¿Qué parece el hombre oscuro y desconocido en quien una humilde palabra haya arrojado el grano de mostaza, el germen de la fe? Bien notorio es, sin embargo, todo lo que salió del sepulcro de Jesús y lo que llegaron á ser los Apóstoles. El hombre que recibe la fe tiene en sí mismo algo de más grande que la humanidad; y aunque antes haya podido estar lleno de todas las ciencias ó de todos los errores, entregado á todas las ambiciones, abandonado á todas las seducciones; aunque haya podido tener su alma dominada por todas las flaquezas y sentir la amargura profunda de todas las tiranías, la fe, sin embargo, crece y se hace en él superior á todas las ciencias y á todos los errores; le arma y defiende contra todas las seducciones, le libra de todas las tiranías, y se hace más fuerte que el mundo y más fuerte que él mismo. El árbol se desenvuelve y desarrolla con sus vastas ramas en el pensamiento árido, y allí donde antes reinaba la muerte se ven brotar y nacer hermosos y abundantes frutos.

Todavía enseñó Jesús en otra parábola, diciendo: «*La red arrojada á la mar recoge toda clase de pescados; y cuando está llena, los pescadores ponen aparte los buenos y arrojan los malos; lo mismo sucederá en la consumación de los siglos; los ángeles separarán los malos de los justos, y arrojarán los primeros al horno, y allí habrá llanto y crujir de dientes.*»

La Iglesia recoge también pescados de toda especie, porque llama á todos los hombres para alcanzar la remisión de los pecados, sin hacer excepción de ricos ó pobres, de ignorantes ó sabios, de prudentes ó de insensatos; y cuando la red esté llena, se concluirá y se cerrará el fin de los destinos humanos, y entonces, viendo lo que contenía la red, se efectuará la partición y separación. En la parábola de la cizaña hay una cuestión sobre aquellos que se condenan por causa de la perversidad de los dogmas heréticos, cuando ellos no han conocido ni podido discernir la verdad; pero aquí se trata de aquellos que se condenan por causa de la perversidad de su vida, aunque hayan entrado en la red y hayan tenido el conocimiento necesario de Dios. Sobre este punto, dice San Gregorio, es mejor ponerse á temblar que hacer comentarios. Los tormentos de los réprobos están anunciados en el texto sagrado en sus propios y claros términos, á fin de que ninguno pueda alegar ignorancia, ni apoyarse, para excusarse, sobre la oscuridad del dogma referente á las penas eternas.

Al anunciar Jesucristo todas esas instrucciones y enseñan-

zas, hizo comprender á sus Apóstoles el deber que tenían de repetirlos ellos por toda la tierra. «*Ninguno, les dijo, después de haber encendido una lámpara, la pone debajo del celémín ó la esconde debajo de la cama, sino que la coloca sobre el candelero, á fin de que los que entren en la habitación sean alumbrados y vean la luz.*» Con sola esta tan autorizada y augusta recomendación es bastante para que la palabra de Dios no esté ligada ni encadenada, aunque llegará el caso de que los mismos que tienen misión divina para anunciarla se vean perseguidos y cargados de tormentos en la cárcel. La lámpara se pondrá siempre sobre el candelero y lucirá y derramará abundante resplandor. Finalmente, para avisar á sus oyentes y excitar su espíritu á meditar el misterio de la palabra divina, Jesús decía con frecuencia : «*Que aquellos que tengan orejas para oír, oigan.*»

INCREULIDAD DE NAZARET, PRIMERA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES, SEGUNDA TEMPESTAD CALMADA, ANUNCIO DE LA EUCHARISTÍA.

Habiendo ido Jesús á Nazaret, que era su país, entró en la sinagoga un Sábado, y, usando del derecho que competía á todos los hijos de Israel, se puso á enseñar; puesto de pié para leer, tomó en sus manos el libro de Isaías, que era la lectura que, según las reglas de liturgia, correspondía á aquella época

del año, porque Él se propuso no cambiar los usos y costumbres observados ordinariamente, sino cumplirlos y hacerlo todo conforme á las prescripciones de la ley. Abriendo, pues, el libro, leyó el pasaje siguiente : «*El espíritu del Señor ha venido sobre mí, y por eso he recibido su unción para evangelizar á los pobres, para curar á los que tienen su corazón herido, para anunciar la libertad á los cautivos, la luz á los ciegos, y para publicar el año dichoso del Señor y el día de la recompensa.*» Concluida la lectura cerró el libro, se le dió al ministro de la sinagoga y se sentó; y dirigiéndose á todos los que allí estaban presentes y le miraban absortos, les dijo : «*Todas estas cosas leídas en la Escritura se han cumplido hoy mismo, que vosotros las habéis oído.*»

La majestad y efecto de estas palabras fueron tanto más asombrosos cuanto que Jesús no ignoraba las malas disposiciones de sus oyentes hacia Él, y al momento se notaron entre ellos dos tendencias y dos espíritus diferentes. Unos se admiraron y nada contestaron, y otros, que fueron los fariseos, principiaron á manifestar el odio y la envidia que les dominaba.

La levadura de esa envidia, como veneno activo, debía fermentar en Nazaret más fácilmente que en otras partes, porque los nazarenos tenían el dón de milagros y de profecías como una fortuna para todos ellos, y veían con recelo y mala voluntad el que un dón tan señalado y tan grande recayese solamente sobre un hombre que entre ellos no tenía representación ni im-